

CANAIMA: ¿VARGAS INVOLUCIONA? (*)

POR

ROBERTO SCHIRO

Ya apuntamos que, no obstante las dotes envidiables de Marcos Vargas y las múltiples oportunidades para explotarlo y triunfar de que fue pródiga la vida con él, su actuación representa un fracaso, una regresión.

Lowel Dunham observa con acierto que "Canaima es la trágica historia de la destrucción y mal empleo de la riqueza de la Guayana venezolana y de la explotación de los pobladores de esa región.

Más particularmente aún es la historia de la tragedia personal de Marcos Vargas, cuyas facultades se derrochan con una prodigalidad equiparable a la que afecta a los recursos naturales de Guayana"¹.

En efecto, el alma noble de Marcos se rebela ante la inicua explotación de los caucheros cuya tragedia encarna Damesano, y abandona el negocio del purguo, no obstante las pingües ganancias que representa para él, como capataz de empresa.

También se subleva ante el caciquismo ardavinista, humilla al torvo y pendenciero José Francisco y contempla su derrota y total aniquilamiento por el alcohol.

Cobra caros sus crímenes al Cholo Parima, típica expresión de la barbarie de aquellas tierras indómitas, y el Sute Cúpira, otro centau-

* Capítulo perteneciente a la tesis "*El conflicto entre el bien y el mal en la trilogía de las grandes novelas de Rómulo Gallegos*", presentada en la Facultad de Filosofía, Letras y Ciencias del Hombre de la U.N.L. para optar al título de Doctor en Letras, por el autor.

¹ DUNHAM, Lowel, *Rómulo Gallegos, vida y obra*. México. Ediciones de Andrea, 1957, pág. 242.

ro de la jungla, no se atreve con el hijo de quien le vio llenar cumplidamente el deber que le imponía "su gran juramento".

La raza aborigen, desheredada y explotada, conmueve a Vargas...

Pero no tiene perseverancia para canalizar y satisfacer acabadamente ninguno de los nobles sentimientos que la presencia omnímoda del mal le inspira. Su rebeldía resulta, pues, estéril.

Tampoco le interesa hacer fortuna: la "auri sacra fames" no le recomende.

A la hora de los cómputos finales, Marcos tan sólo cuenta en su haber la venganza de su hermano en la persona de Pantoja y una dispersión estéril de valiosas energías.

Entretanto Canaima ha castigado duramente a quien se atrevió a desafiarlo, y desencadenó en su espíritu un vértigo interior que lo lleva a sepultarse para siempre en aquel oscuro reino con cuyas fuerzas desatadas él había osado medirse.

La atmósfera torva y primitiva de la jungla va a liberar las energías latentes en el subconsciente de Marcos desde su azarosa niñez en Ciudad Bolívar, y el civilizado va a terminar entre salvajes.

Ya no se sabe más de él. Los amigos de Vargas lamentan su desaparición: —"¿Qué se habrá hecho? ¡Aquella esperanza fallida! ¡Aquella fuerza azarosa que se convirtió en atormentada!"².

La novia de su juventud, cansada de esperarlo, se casó con un extranjero.

"¡Esto fue! ¡Esto fue!", se repiten los guayaneses...

Pero al desaparecer físicamente del mundo de los "rationales", Marcos cobra nueva vida, la vida del mito, su nombre pasa a ser patrimonio de la leyenda y su estampa se nimba con una aureola casi heroica.

Vargas se convierte en el fantasma que surca veloz raudales y caños piloteando su frágil curiara, salvando rápido y eludiendo escollos río abajo, que tan pronto recoge caucho o sarrapia como despilfarra sus ganancias en apuestas y jolgorios fáciles, o se confunde con los palos del monte y dialoga con ellos...

² GALLEGOS, Rómulo, *Canaima*, en O. C., Tomo 11. Madrid. Ediciones Aguilar, 1958, pág. 335.

Marcos Vargas ha pasado al mundo legendario de Doña Bárbara y de Florentino Coronado...

Pero no todo es fracaso en la aventura del héroe tropical.

Gallegos en este relato hace un planteamiento nuevo de su tema favorito "civilización y barbarie": como un gran sinfonista, dueño de su arte, y que maneja admirablemente un "leitmotiv" preferido, va a introducir en él una variante, un matiz nuevo y original.

Atinadamente observa Juan Liscano: "En lugar de presentarse (la "constante": Civilización-Barbarie) solamente como una antinomia entre un valor ético y su contrario, entre una noción de progreso y su opuesto, traspasa esta proposición para matizar esos conceptos hasta el punto de que la aventura de Marcos Vargas consiste precisamente en descivilizarse, en regresar a las fuerzas oscuras, al imperio de la emoción primera, al reino del silencio, cuando el mundo era cruda existencia innominada, génesis recién serenada"³.

Para Sarmiento, la lucha entre Civilización y Barbarie consistía en el enfrentamiento entre ciudad y campaña, entre cultura europea y barbarie indígena. Según él, la barbarie es patrimonio de la campaña y la civilización pertenece, casi por derecho natural, exclusivamente a la ciudad.

La Argentina está solicitada por dos fuerzas, "la una civilizada, constitucional, europea; la otra bárbara, arbitraria, americana".

La solución del sanjuanino es harto conocida: hay que europeizar la patria... En otro lugar del presente trabajo aludimos "in extenso" a este problema.

Aquí sólo nos ceñiremos a agregar que ni civilización ni barbarie, ni cultura ni brutalidad son patrimonio exclusivo de la urbe o del agro de Europa o de América.

La historia abunda en ejemplos...

Pensemos en las técnicas despóticas de los estados totalitarios, en los horrores de las dos últimas grandes guerras, en el sadismo de los campos de concentración: resulta evidente que no todos los hechos que

³ LISCANO, Juan, *Rómulo Gallegos y su tiempo*. Caracas. Imprenta Universitaria, 1961, pág. 129.

ostentan el marbete de allende el mar, son por ello luminosos y progresistas.

Por otra parte basta asomarse al mundo azteca, maya e inca para convencerse de que también nuestra América fue madre fecunda de civilizaciones grandiosas y de pueblos harto evolucionados.

Además, ambos sectores, ciudad y campaña, se integran en un solo organismo vivo que es el país, y sería absurdo suponer que en un mismo ser, cabeza y miembros estén por naturaleza en pugna.

Los tiempos han superado con mucho el planteamiento sarmientino, y Gallegos, ya en los albores de su carrera de escritor, mostró estar por sobre él.

En efecto, este problema tiene su remoto ascendiente literario en una de las primeras ficciones breves que escribiera Gallegos: "Los Aventureros". Allí un caudillo montañés, Rosalira, hábilmente manejado por el arribista doctor Jacinto Avila, se lanza a la aventura de la revuelta armada en pos de un ideal que él cree justo y noble.

A través de la narración se advierte que Rosalira no es del todo bárbaro y que, si bien a su modo, es capaz de caballeridad e hidalguía en fin, que, en conjunto, es superior a Avila.

Como puede verse, ya desde entonces Gallegos muestra que no todo lo rústico es bárbaro y que la nobleza no es monopolio urbano.

Pero, a todo esto, retornemos al caso de Marcos Vargas: éste huye del mundo civilizado y se sumerge en la barbarie, es decir, se da en él una involución, una regresión hacia formas más elementales y primitivas de vida.

Y el caso no es único en Canaima.

Allí están también Mr. Davenport, el Conde Giaffaro y Juan Solito, personajes aislados de sus semejantes, absorbidos por el medio telúrico y anclados definitivamente en el corazón de la selva tropical. Ocasionalmente afloran al mundo civilizado.

Davenport es un yanqui pragmático, con impasibilidad de "gentleman", amigo del "chinchorrito" y de la cerveza, ex-director de una fecunda mina de El Callao.

Había llegado a esas tierras en son de negocio o de aventura, y luego, aclimatado al trópico, se había asentado en "El Varadero", significativa denominación que daba el "Musiú" a su casa de campo.

Estimado por dadivoso, servicial y bienhumorado, devoto del whisky, del jolgorio y de la mamadera de gallo.

Davenport es quien descubre a Vargas la existencia del enigmático Conde Giaffaro, al tiempo que le confiesa en su estilo pintoresco, y casi jocoso, la seducción que sobre él ejercen aquellos selváticos parajes: "Sí. Pero ¡el chinchorrito, el chinchorrito! Cuando yo digo esta cosa, quiero decir todo lo que significa el trópico para los hombres que no hemos nacido en él. Tú decides marcharte porque ves que dentro de ti ya no anda bien la cosa, y el trópico te dice, suavemente a la oreja: Deja eso para después, musíú. Hay tiempo para todo. Además, ¡Si esto es muy sabrosito! Tú te metes dentro de tu chinchorro y vienen los mosquitos con su musiquita y tú te vas quedando dormido, sabrosito. ¿Para qué más?

Y luego en serio: ¡Así es la cosa! Si no, que se lo pregunten al Conde Giaffaro, ese que lleva qué sé yo cuántos años metido en las selvas de Guarampín"⁴.

Giaffaro, romántico de nuevo cuño y singular caso de agorafobia, va a tener incidencia decisiva en el ánimo de Marcos Vargas: "Era un personaje alto, desgalichado, carilargo, de ojos saltones y negras cejas aborascadas y con cierto movimiento pendular de la cabeza un poco inclinada sobre el pecho"...⁵.

Sus orígenes eran harto oscuros: se sabía que, llegado a Ciudad Bolívar, había vuelto a Europa.

De nuevo en Guayana, sus visitas al Viejo Mundo se van tornando más raras y breves, a la vez que los intervalos de su permanencia en la selva se prolongan paulatinamente... hasta que un día ya no regresó de allí.

También su pasado era nebuloso: se lo creía un cayenero fugado, un gran jugador, un tirador eximio, presidente de un club de dueñistas...

Pero con certeza era una persona culta, poseedora "de una vasta experiencia de hombres y de cosas de todas las latitudes".

⁴ GALLEGOS, Rómulo, *Canaima*, en O. C., Tomo 11. Madrid. Ediciones Aguilar, 1958, págs. 173-4.

⁵ GALLEGOS, Rómulo, *O. cit.*, pág. 174.

Marcos, capataz de caucheros, solía visitar al exótico personaje en la tarde de los domingos... y poco a poco fue sondeando el misterio de esa enigmática existencia.

Un día el Conde, no obstante su habitual reserva, se le franqueó espontáneamente: "No le sorprenda, joven, que yo hable por usted —no se entendía bien por qué comenzaba así— pues hay una porción del pensamiento que llamamos propio y que sin embargo, sólo nos pertenece como el aire que envuelve nuestro planeta: mientras lo respiramos. Siendo, por lo demás, el mismo aire que nuestro vecino acaba de expulsar de sus pulmones, con el calor de su intimidad vital, con toda la porquería que a veces, si no siempre, tiene la intimidad humana.

¡Crémelo usted! Y hay que cuidarse de ella, haciéndose curas periódicas, abriéndole válvulas de escape a las inmundicias que se van acumulando dentro del alma, a fin de que no lleguen a intoxicárnosla por completo. Y para esto, joven, no hay como la selva...

Trate usted su alma —prosiguió el extranjero— como una caldera de vapor, vigile los aparatos registradores de la presión y cuando advertida que ésta pone en peligro la integridad de aquélla, tire del obturador sin falsos escrúpulos y ábrale la válvula al grito de Canaima"⁶.

... "Y cuando volvió a atravesar el Guarampín para regresar al campamento purgüero, de todo cuanto le dijo el Conde, en una sola cosa iba pensando: que la selva era para que en ella se le abriese la válvula de escape al grito de Canaima"⁷.

Marcos reconoce que Giaffaro ha dicho "algo muy significativo y de aplicación al caso propio", pues desde la noche de Tumeremo en que suprimió al Cholo Parima, su alma, como la caldera aludida por el Conde, estaba acumulando presión y amenazaba estallar.

Su conversación con el extranjero solitario le descubre la virtud catártica de la selva, su poder purificador del alma humana.

Giaffaro y Vargas, pues, se internan en el mundo bárbaro para depurarse, para sanear su espíritu al contacto con la naturaleza virgen e impoluta.

⁶ GALLEGOS, Rómulo, *O. cit.*, pág. 217.

⁷ GALLEGOS, Rómulo, *O. cit.*, pág. 220.

Este es el aspecto positivo de la involución de Marcos Vargas, de su receso del consorcio con los civilizados, si bien, por concomitancia, ello comporta la adopción de prácticas y usos primitivos y no se niega la dispersión estéril de energías que la azarosa vida del joven aventurero supone.

Y esta hazaña tiene precursores.

Basta recordar el extraño caso del sabio francés Aimé Bonpland, colega del barón de Humboldt.

Bonpland se internó en la América del Sur y, tras asimilarse a la vida india y convivir con una indígena, terminó sus días en el Paraguay.

¿Y qué decir de Rimbaud y de Gauguin, eximios artistas que se condenaron voluntariamente al ostracismo para sustraerse a un mundo civilizado que les asfixiaba?

Arturo Rimbaud, aquel nuevo titán “robador del fuego” de los Inmortales, en su ilusoria ambición, rebelde y decepcionado, llega a proclamar su “autoteosis” y pretende renovar un universo decadente.

Sus empeños quijotescos lo llevan a peregrinar por Europa y Oriente para terminar en los umbrales de la patria con un cáncer en los huesos, que puso fin a sus andanzas, y a su empresa poético-metafísica.

A veces el extrañamiento no es físico sino sólo de las ideas: la literatura, el arte, la filosofía contemporánea, ¿no tratan de romper cuadros convencionales y adocenados que ya no soportan?

Díganlo si no, André Breton, Picasso, Sartre y toda la nutrida legión de escritores de vanguardia.

Tales categorías son exponentes significativos de un intento de subversión de los valores tradicionales, de los viejos módulos y patrones prefabricados, claro índice del desquiciamiento de una cultura, y búsqueda profunda y compleja de algo nuevo que reconcilie al hombre consigo mismo y con los demás.

Y esta inquietud, este “angustialismo”, no es al fin sino una versión del sempiterno problema del mal que urge a la humanidad en mil formas.

Y adviértase que esta zozobra, esta disconformidad no atormenta a espíritus ramplones, es generalmente privilegio de personalidades superiores, pues —según reza un dicho francés— “los necios nunca dudan”, a todo se conforman.

Todos los iniciadores de grandes movimientos, para provecho o detrimento de la humanidad, fueron individualidades bien dotadas que buscaron —equivocadas o no— la palingenesia de valores pretéritos o la creación de nuevos.

La angustia metafísica, artística, religiosa, no quita el sueño a los devotos del “ne quid nimis” y de la “sophrosyne” griega.

En nuestro relato, Giaffaro, Vargas, son espíritus insurgentes, superiores, que buscan a través de la selva la “metánoia”, un nuevo rumbo, una orientación más ajustada al cauce de sus vidas inquietas.

Y porque la humanidad contemporánea, cada vez más evolucionada, ha afinado su sensibilidad y refinado su cultura, el ansia de evasión se hace sentir con la urgencia de una llaga.

Ante la formidable experiencia de dos guerras que diezmaron el género humano y ante la amenaza apocalíptica de una hecatombe total bajo los efectos de la energía termonuclear, parece que el hombre de la “era espacial” buscara evadirse hasta de su propio planeta y asentarse en otros mundos que prometan un poco más de estabilidad y sosiego a su perturbado espíritu. . .

Aún nos queda por decir algo de Juan Solito ese otro raro espécimen de involuición, que aparece en Canaima.

Personaje exótico, cazador de tigres con fama de brujo que influye, al menos subconscientemente, para que Vargas penetre en la selva, trate de dominarla y de desentrañar sus misterios.

Juan Solito es un hombre harto singular.

Su vista se fija siempre y obstinadamente en el suelo, como si dialogara con él, y cuando habla de sí mismo, lo hace en tercera persona. Exige la retribución de su trabajo —cazar tigres que exterminan el ganado— en monedas de oro, que se apresura a enterrar para devolver a la tierra lo suyo y evitar así que el mal cunda entre los hombres.

Solito combate pues, a su manera, por el triunfo de Cajuña, el bueno.

La importancia de este personaje no reside tanto en su clarividencia, por la que prevé, por ejemplo, la muerte de Manuel Ladera, cuanto en sus gestos y actitudes y sobre todo en sus diálogos, que más que diálogos son monólogos pronunciados en un mundo subterráneo. Estos

son el compendio de la rústica filosofía de aquel solitario de la selva, pues según la justa observación de Ladera, “por la boca de Juan Solito habla un filósofo”.

Sin levantar los ojos del suelo y como atado al terruño por lazo misterioso, Juan Solito da la razón de su nombre: “porque es un Juan de los muchos que caminan sobre la redondez de la Tierra y porque siempre anda solo, que es la mejor compañía del hombre”⁸.

Para él la soledad es su mejor compañera y la siente como una realidad concreta.

Personaje constanciado con el mundo telúrico y demoníaco, medido en sí mismo, capaz de fascinar a las bestias, hombre hermético, que vive a espaldas de sus semejantes y confundido de tal modo con la naturaleza que parece él mismo parte del paisaje, hondamente afinado a la tierra porque “está sembrá de espejos donde se aguitan las cosas más lejanas y enmogotás”.

Vargas se emparenta doblemente con Juan Solito: ambos están hermanados y casi identificados con lo telúrico, ambos son, con frecuencia, un árbol más... y para ello se aíslan de los otros “racionales” y se pierden en el misterio de la naturaleza.

Y el segundo vínculo que media entre ellos es la rara seducción que este hispido personaje ejerce sobre Marcos, pues, tras haber hablado por primera vez con Vargas, le hace experimentar “la fascinación de aquel mundo de la selva misteriosa”.

A mayor abundamiento, tanto Vargas como Solito profesan soberano desprecio por el dinero, y en cambio hallan sus complacencias en oír las calladas voces de la naturaleza y en descubrir sus secretos...

Apuntemos aún otra variante del “leitmotiv” Civilización-Barbarie: Vargas rompe con la civilización, con su símbolo que es la ciudad y realiza en sí una extraña simbiosis, un sincretismo paradójico de civilización y de barbarie, ya que se muestra semibárbaro entre los civilizados y semicivilizado entre los bárbaros.

Es decir que Vargas es un raro epítomo de evolución-involución.

Rimbaud pedía al poeta que “se hiciera vidente mediante un largo

⁸ GALLEGOS, Rómulo, *O. cit.*, pág. 42.

y razonado desarreglo de todos sus sentidos”, con lo que propugnaba una ruptura con las categorías lógicas imperantes. . .

¿Y no es esto precisamente lo que se ha promovido desde Novalis hasta Hölderlin y Kafka, desde Kierkegaard hasta los surrealistas y hasta Joyce y Picasso?

Tal divorcio persigue evidentemente una liberación interior, la integración del hombre en una nueva realidad.

Es lo que realizó Vargas a su modo, segregándose del universo civilizado y sumergiéndose cada vez más profundamente en la soledad selvática.

No parece aventurado señalar en el fondo de esta actitud, una reminiscencia de romanticismo rusoniano: se trata de una aproximación a la naturaleza y, por controposición, de un evadirse de la sociedad, en apariencia civilizada pero corruptora en el fondo.

Se trata del sueño en una utópica y remota edad áurea que en nuestros días se resuelve en una revolución de las ideas y de los sentimientos y por tanto, de la filosofía, de las letras y de las artes, como apuntamos más arriba.

El conflicto de Vargas, entonces, del marco meramente personal es promovido al plano universal y humano, y en el caso de este aventurero tropical, se puede ver una expresión más del problema del mal, de la búsqueda afanosa del tan decantado “mundo mejor”, en pos del cual va la humanidad desde que el mundo es mundo.

Bajo este aspecto, Canaima cobra un sentido metafísico y trascendente y su protagonista, hombre-símbolo, resulta uno de los personajes más significativos e interesantes de la novelística hispanoamericana contemporánea.